

UNA VIDA ENTRE CUMBRES

DESCUBRIENDO LA MONTAÑA EN PAREJA

Hasta los 20 años, Gille solo conocía los montes que rodeaban su casa. Caminaba por ellos sin rumbo fijo, sin saber que la montaña, un día, se convertiría en su forma de vida. Fue un amigo quien lo llevó por primera vez a los Pirineos, y su primera gran cumbre fue Monte Perdido. Subió con lo puesto, sin equipo ni experiencia, pero con muchas ganas. En la cima, una tormenta los atrapó. Un rayo iluminó su mano y sintió la electricidad recorrerle el cuerpo. Gille ya estaba bautizado. Desde ese momento me hizo partícipe de sus descubrimientos.



Bajando de Monte Perdido. Todo un reto para mí (1991)

Cuando conocí a mi pareja, Gille, a los 17 años, nunca imaginé todo lo que juntos lograríamos. Desde pequeña, el monte había sido una presencia constante en mi vida, pero en aquel entonces, no era consciente de la magnitud de su grandiosidad. Fue a su lado, de forma lenta pero segura, como empezamos a descubrir una nueva dimensión de la montaña. Un lugar que nos ofrecía momentos de disfrute inmenso, pero también de sufrimiento, enseñándonos a respetar su poder y belleza en igual medida. Cada paso en el monte se convirtió en una lección de vida, una aventura compartida que seguimos viviendo.

Mi forma física no era la mejor, y las primeras salidas fueron un desafío. Recuerdo cómo al principio me costaba seguirle el ritmo, cómo cada subida parecía interminable, cómo el aire se me hacía escaso en las alturas. Fuimos aprendiendo a compenetrar nuestros ritmos de subida (nos costó un tiempo, la verdad). Con el tiempo, fui adaptándome. Aprendí a dosificar fuerzas, a leer el terreno, a confiar en mis pasos. Y empecé a hacer cumbres.

La montaña nos unió de una manera especial. No era solo el esfuerzo compartido, la complicidad de saber que, sin impor-

tar la dificultad del camino, siempre nos esperábamos el uno al otro.

Cuando nació nuestro hijo, quisimos transmitirle esa misma pasión. Desde pequeño (2 añitos), lo llevamos cargado en la mochila a descubrir bosques, crestas y senderos, así hasta que a los 5 años empezó a subir con sus propios pies. Aquí también tuvimos que aprender a compenetrar nuestros ritmos, que se volvieron más lentos. Creció entre montañas, aprendiendo que el esfuerzo tiene recompensa.

Casi todos los fines de semana nuestra furgoneta nos llevaba en busca de nuevas cimas. Sin darnos cuenta, fuimos conquistando una tras otra las cumbres de Euskal Herria, el Pirineo navarro, el Pirineo aragonés y muchas otras montañas de España.

TEXTO Y FOTOS



Izaskun Azpiroz

Nacida en Gijón en 1965, ha desarrollado toda su vida en Euskadi. Lleva más de 40 años compartiendo su vida con Gille, su compañero de aventuras y montañas. Juntos descubrieron este mundo de cimas, senderos y vivacs, y en ese camino también enseñaron a su hijo Ioritz a amar la montaña.



Con el tiempo, mi hijo me tomó el relevo en las cimas más altas. Los dos salían como compañeros, compartiendo rutas, madrugones y ese silencio especial que solo se encuentra en la montaña.

Hace casi diez años que él se independizó, pero eso no ha sido un obstáculo. De vez en cuando vuelven a reunirse para una travesía o una nueva cima. Aún queda mucho por enseñar, y en la montaña, la experiencia es un legado que nunca deja de compartirse.

Gille nunca ha sido amigo de las multitudes y, mucho menos, de la competición en la montaña. Para él, la naturaleza es un espacio de conexión, no de rivalidad. Por eso, cuando decidió afrontar en solitario los tres montes más significativos de Euskadi ("Hiru Haundiak") en una sola etapa, no fue por récords ni medallas, sino por el reto personal.

El pronóstico del tiempo no ayudó. La noche cerrada trajo consigo una niebla espesa, y durante un tiempo anduvo desorientado. El frío le impidió descansar, pero siguió adelante, guiado más por la determinación que por las estrellas ocultas tras la niebla.

Mientras tanto, yo esperaba noticias en casa, con esa mezcla de orgullo y preocupación que solo entienden quienes aman a un montañero. Al amanecer, su mensaje llegó: estaba bien. Fui a buscarle y, aunque el cansancio se le notaba en cada paso, en su mirada brillaba la satisfacción de quien ha vencido a la montaña sin necesidad de ganarle.

En 2023, mi pareja cumplió otro de sus retos: subir a la cima más alta de cada provincia. Cada cumbre fue una meta más en su camino, un desafío superado con la misma pasión de siempre.

Con los años, mi forma de vivir la montaña cambió. Mientras Gille seguía desafiándose con cumbres más altas y rutas más exigentes, yo encontré mi lugar en la base de la montaña. Ya no subo tanto, pero sigo sintiendo la misma emoción cada vez que él parte hacia una nueva aventura. Yo por mi cuenta hago ru-

Disfrutando de cimas aunque sean mas bajas (2023)



Otra cima conquistada. Auñamendi (1995)

tas más sencillas sabiendo que en cuanto vuelva, compartimos cada detalle, cada paso, cada emoción vivida allá arriba.

Después de 40 años, sigo admirándolo como el primer día. La montaña nos dio momentos inolvidables, nos enseñó a ser equipo, a superar juntos los desafíos, a respetar nuestros propios ritmos. Y aunque ahora nuestros caminos sean diferentes, seguimos compartiendo el mismo amor por esas cimas que un día descubrimos juntos.

Chipeta Alto (2008)

